

II

Guerrilleros anónimos

La mañana se abría clara y brillante cuando el clapé llegó a la rada de San Carlos. Sólo el crucero Boyacá veíase anclado en la espaciosa bahía. Pequeños botes de hombres escuálidos y anémicos se aproximaron ansiosos de ganarse algunos reales o en busca de alimentos. Mil días de guerra habían bastado para cansar la ruina total del paisanaje y aun de los núcleos prósperos. Juan Durgel y sus hombres surtieron de vituallas a los bogas y mientras, navegando en los cayucos, se aproximaban a la playa lograron informarse de lo que estaba sucediendo en San Carlos.

En el crucero Boyacá habían llegado los jefes del gobierno conservador con el propósito de acordar la entrega de las armas y el licenciamiento del ejército revolucionario. Los oligarcas de ambos partidos, godos y liberales, tras una guerra fratricida, bebían felices y se abrazaban como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, se rumoraba que los cholos, perennemente desconfiados, estaban recelosos debido al cese de las hostilidades lo cual les daba un buen pretexto para formar una trifulca. Luego de haber depositado las armas en la iglesia por orden de Lorenzo, todos sus cholos guerrilleros habían estado anuentes en celebrar el armisticio con bebedera de aguardiente y traqueteo de cohetes, pero una vez jumados se fueron animando en la cantina y, bruscamente, Lorenzo miró a su alrededor y advirtió que, fuera de limitadas excepciones, la mayoría de quienes bebían con ellos en el bar eran liberales. Dos o tres periodistas y un maestro se le acercaron para advertirle que había sido un ingenuo al ordenarles a sus hombres depositar las armas en la iglesia. Los oligarcas, puestos de acuerdo con los yanquis, podían haber tramado una traición. Lo aconsejable en esos casos siempre es la paz armada. Antes de que el Gobierno se apoderara de las armas, lo más prudente era que, sin lugar a dudas y de inmediato, lanzara una contraorden y mandara a sus hombres a la iglesia. Debían

recuperar ese armamento e irse al monte. Si habían triunfado y eran sus propias armas ¿por qué inútil descuido las regalaban? ¿Pagaba algo el Gobierno por ellas? Ni una libra de arroz. Para el hombre que habita en las montañas, siempre una carabina es utilísima en cada cacería. Victoriano comprendió claramente las argumentaciones del maestro y, arrepentido de haber sido engañado, lanzó en voz alta la consigna de ir de prisa a la iglesia, coger las armas y, enseguida cabalgar hacia el monte. Vociferando viva el partido liberal, los cholos se echaron a correr en tropel. Como estaban jumados, se lanzaron como un ciego turbión y, armado cada cual con un fusil, comenzaron a disparar al aire dentro del mismo templo. El sacerdote trató de convencerlos de que estaban actuando contra la ley. No hay Ley que valga, decían ellos. El único que manda es Victoriano Lorenzo. El cura, airado por los disparos en la Iglesia, quiso evitar aquella profanación, y al intentar arrebatárle a uno de ellos el revólver, lo hizo, por desventura, en el instante en que el otro disparaba. La bala no respetó sotana ni medallas ni cruces y el reverendo quedó herido de muerte. Victoriano, que había sido educado, criado y forjado por un cura, vio en ello un mal agüero y, preocupado, les sugirió a los cholos devolver los fusiles de inmediato. Ya las autoridades habían hecho acto de presencia. Culparon a Lorenzo y lo apresaron. No había nada que hacer. Estaba escrito. Siempre vence el destino.

Como en San Carlos no había médico, Juan Durgel recibió la orden de conducir al cura, con la urgencia que el caso requería, a la ciudad. Ya lo traían en parihuelas cuatro hombres. Varias señoras condolidas, amargadas, nerviosas, venían junto a él tratando de animarlo. Le habían prestado los primeros auxilios y lograrán estancarle la sangre. El herido no parecía tan grave pues les decía que no se preocuparan y hasta les hizo bromas con aquello de que la hierba mala nunca muere y repitiéndoles que Dios pro verá.

Un oficial, al leer las instrucciones que Juan Durgel le presentó, les ordenó a los hombres que transportaban al herido:

—Procuren embarcarlo en el clapé con cuidado —y, dirigiéndose a Juan Durgel, dijo—: Sería de gran utilidad que embarcara en el clapé algunas armas pues nosotros iremos muy cargados, pero lo urgente es que el herido llegue lo antes posible a la capital.

A los hombres que lo rodeaban les gritó:

—Ayuden todos los que puedan y traigan de inmediato esas armas.

Varios soldados y civiles se fueron de carrera hacia la iglesia. Mientras el cura era embarcado en el clapé, fueron llegando hasta la playa quienes cargaban fusiles y pertrechos.

El embarque de las armas no pudo hacerse con la prisa que el caso requería. Alternativamente el armamento y el parque se iban llevando a ambos vapores mientras la soldadesca abordaba el crucero Boyacá.

El guerrillero Victoriano Lorenzo, esposado, subió al barco debidamente custodiado por diversos soldados del Gobierno.

—No sé qué diablos pudo haberle ocurrido al cholo —dijo uno de los jefes liberales—. ¿Se le fueron los tragos a la cabeza?

—Creo que no está de acuerdo con el Tratado del Wisconsin —dijo uno de los godos—. Quiso recuperar sus armas tal vez con el propósito de levantar de nuevo sus guerrillas en la montaña. Facilitó las cosas, pues ahora no se salva de que lo fusilemos.

—No sin darle ocasión de defenderse —dijo sonriendo un liberal.

—De todos modos el compromiso es liquidarlo.

Cargado ya con armas y pertrechos, el clapé estaba listo para zarpar.

En tragos y furioso por la injusticia que se había cometido con el valiente guerrillero, Juan Durgel y sus dos fidelísimos caucanos resolvieron vengarse propiciando de nuevo la insurgencia liberal con esas armas que iban en el clapé.

Ya oscurecía cuando se oyó el rumor de los motores. Sin anunciar el zarpe con el usual campanillazo, el clapé se puso en marcha alejándose en dirección opuesta a la acordada.

Al darse cuenta de la maniobra sospechosa, el oficial encargado dio enseguida orden de disparar contra el clapé.

Las calderas del Boyacá no estaban listas y fue imposible perseguir a los desertores.

Bajo las sombras de la noche, el agobiado clapé siguió avanzando sin alejarse mucho de la costa.

—¿Qué hacemos con el cura? —dijo Bolo Cuchipec.

Acercándose al inconsciente herido, Juan Durgel lo palpó, se dio cuenta de que el pobre hombre tiritaba presa de una altísima fiebre y sin mostrar la menor preocupación, soltó un raro diagnóstico:

—Nos servirá de mucho en las guerrillas para las pompas fúnebres si Dios lo salva. De lo contrario, como buenos cristianos, tendremos que hacérselas a él.

Gago Pinto, que se había acomodado sobre las armas en popa, gritó de pronto.

—¡Nos hundimos!

—¡No digas pendejadas! —le gritó Juan Durgel.

Bolo Cuchipe, que había corrido a cerciorarse, repuso:

—Hacemos agua. Los disparos tal vez causaron averías y para colmo de males, vamos sobrecargados.

—No hay más remedio que echar al mar las armas —dijo enseguida Juan Durgel.

Era una lástima, pero nos les quedaba otro remedio. Bolo Cuchipe y Gago Pinto comenzaron a tirar por la borda los fusiles.

Buen timonel y hábil conocedor del litoral, Juan Durgel trató de aproximarse a la costa, pero la noche estaba muy oscura y, sin darse cuenta, se fue de pronto contra unos arrecifes. Normalmente cargada, la nave habría sobrenadado sin gran peligro, pero el peso excesivo la hizo encallar y, por el nuevo foramen, comenzó a entrar el agua a borbotones.

—¡Salven ustedes dos al cura! No estamos lejos de la orilla. Échense al agua —al decir eso, Juan Durgel, de manera casi inconsciente, se llenó los bolsillos de municiones y se lanzó al oleaje cauteloso de no golpearse contra los peñascales.

Las balas que llevaba pesaban mucho y le impedían flotar. Sentía que cada vez iba hundiéndose más y más. Llegó un momento en que, sin aire y en peligro de ahogarse prefirió liberarse de los calzones. Claro, mis pantalones se fueron al carajo, pero yo me salvé.

Rendidos de cansancio en la playa, al despertarnos con las primeras luces de la mañana, vimos que el sacerdote yacía muerto. El clapé, lleno

de agua, veíase hundido entre los escollos. Resultaba imposible ponerlo a flote. No había gran tiempo que perder. Salvamos para cada uno un rifle y pertrechos. Como yo había quedado sin pantalones, quise usar los del cura. Para mi gran sorpresa, estaba en cueros. Quien sabe en qué andaría cuando los cholos tirotearon la iglesia. Le quité la sotana y me la puse, húmeda aún y helada. Excavar sin ayuda de herramientas una mediana sepultura habría sido un gesto inútil e imposible. Por eso preferimos echarlo al mar. Los tiburones deben de vez en cuando comulgar.

Con la entrada del sol, mientras huíamos, nuestras ropas se secaron al fin, pero el calor, haciéndonos sudar, volvió a empapárnoslas, deshidratándonos. A la apacible orilla de una quebrada pudimos refrescarnos y apaciguar la sed abrasadora.

Cuando de nuevo seguimos avanzando por el camino real, nos topamos con varias campesinas que, sorpresivamente, se arrodillaron frente a mí suplicándome que por favor las bendijera porque iban solas hacia el campo y aún había forajidos que solían asaltar a las muchachas a causa de la guerra y el hambre. Les di la bendición y en ese instante me transformé en un cura. Les advertí a Bolo Cuchiye y a Gago Pinto que como yo iba a actuar de sacerdote, ellos harían las veces de acólitos. Desde allí en adelante las cosas anduvieron muy bien pues, muertos o ahuyentados por las guerrillas, los curas brillaban por su ausencia y, a falta de ellos, los campesinos me acogían reverentes. Bautizos, pompas fúnebres, comuniones y misas, todo daba ocasión a bebederas y hartazgos. Además de hospedaje, nos daban diezmos y primicias. De lo único que siempre nos cuidábamos era de los cachacos y de los godos.

El duende era un negrito de ojos garzos

De pronto comenzó a circular por toda la isla un rumor que escalofriaba sobre todo a las muchachas solteras que estaban en edad de merecer. Nadie carajo supo por dónde diablos pudo haberse colado la tal vaina, según decía un hombre sensato como Vicente Barcia, malhaya sea. Desde el primer atardecer las muchachas sabían que era arriesgado aventurarse por los sitios umbríos de Barlovento. En un principio sólo las más alebrestadas se enteraron de aquello y a la chita callando se pasaban la voz, temerosas de que en casa cayeran en la cuenta de lo otro. Claro, después se supo que el asunto tenía que ver con los abortos. Por la misma razón era motivo de cuchicheos y chismes de ventana a ventana. El Reverendo Jesús Medina fue quien de veras acertó cuando, insistiendo desde el púlpito, daba la voz de alarma recordando a los fieles las llamas del Infierno e invitándolos a la meditación pues decía que por la isla soplaban vientos de pecado. Sus palabras fueron semilla al viento. Lástima que, como era zonian, tuvo que irse de la isla.

Ahora el pueblo se hallaba ante el oprobio de un aviso infernal. Quienes habían tenido la mala hora de encontrarse en el monte con aquello quedaron tal vez traumatizadas como decía don Plácido. Sin embargo, nadie quería creerles precisamente porque estaban al cabo de lo que había debajo o sea, señores, lo que Vicente Barcia llamaba el gran intrínquilis. En resumidas cuentas, toda señal del Cielo o del Infierno, cualesquiera que fuese, tenía que ver con los abortos. Claro, de eso nadie deseaba hacer mención pues se trataba de algo humillante que dicho sea de paso era **vox populi**. Lo importante era tener la certeza de la señal. ¿Se trataba de una nueva aparición del espectro? Tal vez sí y tal vez no, pues lo grave era que las empavorecidas por aquello no se atrevían a confesarlo debido a que al hacerlo se declaraban al unísono culpables de pecado.

El juez Barcia no tuvo más remedio que entrevistarse con Balbina, pues al fin y al cabo nadie ignoraba que por los lados de su casa se ocultaba el tamal.

Balbina era partera y, desde luego, por sabido se calla.

Situada bien distante y solitaria, su casa en Barlovento se prestaba para citas ocultas no sólo por hallarse cobijada por árboles sino porque las chicas podían llegar a ella caminando por lo alto de la loma sin que nadie las viera.

Tras haber oficiado de enfermera en el Gorgas, Balbina resolvió, al jubilarse, volver a la isla y habitar la casita que había heredado del inglés Alan Bristol. Situada en la quebrada de Barlovento, era una especie de diminuto **bungalow** sombrío en el que ella reinaba entre retablos, imágenes y velas encendidas. Tenía una Virgen de los Dolores y un Nazareno que ella prestaba en los Días Santos para las procesiones correspondientes cuyas ropas ella misma lavaba y planchaba. En el solar trasero de la casa pastaba la borrica que, adornada con flores de papel y cintajos, servía de humilde cabalgadura al Mesías en recuerdo de su triunfal entrada en Jerusalén.

Sumisa al Evangelio, Balbina había pedido un borrico, pero Cairote, su hijo, sólo halló una borrica. No tuvo más remedio que contentarse aun transgrediendo lo que consigna San Mateo. Desventuradamente la jumenta había sido motivo de dimes y diretes pero, a decir verdad, desde la vuelta de Barrabás a casa todo marchaba como a pedir de boca.

Por alguna razón de orden muy íntimo, Balbina se echó a llorar cuando el juez Barcia quiso enterarse de los hechos. No parecía correcto mortificarla, sobre todo tratándose de una persona tan dedicada a los oficios divinos. Vicente Barcia barruntaba las secretas razones por las cuales Balbina se había dado a la práctica de ayudar a las jóvenes cuya honra dependía el aborto. Si las Damas Católicas objetaban ese hecho, no por ello olvidaban que la experta Balbina jamás había fallado en sus partos. Así como Faustina se encargaba de los partos arrabaleños, Balbina había nalgueado a casi todos los que repican duro. Papa Chente conocía las razones que Balbina aducía con motivo de esos abortos misteriosos.

Al iniciarse las obras del Canal entre el rugir de los cañones de la primera guerra europea, muchas fragatas gringas se acercaban a la isla y permitían frecuentes desembarcos de marines que sin reparo alguno se embriagaban y cometían mil desafueros contra sus indefensos pobladores. Las más

expuestas a la estulticia de estos hombres eran las jóvenes que a veces resultaban violadas y preferían callarse para evitar la furia y el encono de sus parientes.

Más calmada, Balbina declaró:

—Yo sufrí en carne propia esos desmanes. Cuando era niña fui violada por uno de los que iban hacia California. Por eso mi manera de vengarme es ayudando a estas pobres infelices que fueron víctimas propiciatorias de los **marines**.

Se decía que Faustina hacía abortar a las muchachas violadas por los **marines** negros de los cuales también había bastantes y no eran muy diversos de los otros cuando estaban borrachos. Sus profundos rencores debidos a resabios de discriminaciones y linchamientos los impulsaban a embrutecerse bajo el efecto de las drogas o el alcohol.

Papa Chente solía decir que muchas veces las violaciones las propiciaron ciertas chicas precoces que voluntariamente y muy a gusto se sometieron al delicioso yugo de los conquistadores. A lo hecho pecho dirían después las madres. Era fácil llorar y, sollozando, decirle al padre: Me violaron. Afortunadamente siempre Balbina estaba lista para el aborto.

Fue Faustina la que informó al juez Barcia sobre el duende. Don Plácido Ladera no lo podía creer.

—¿Un duende negro? Me parece imposible.

—Las que lo han visto aseguran que es un niño de unos cinco años con los ojos azules fosforescentes. Casi siempre aparece al atardecer por la colina que baja hacia la casa de Balbina. La hora en que declina la luz es la propicia y es la que escogen las muchachas para ir a visitar a Balbina. Nadie transita por el monte. Con todo y eso deben dar un rodeo para evitar que alguien del pueblo las vea, pues ya se sabe que quienes van a verla es porque van a abortar. Dicen ellas que el duende las persigue asustándolas con una voz chillona muy parecida al grito de los murciélagos. Ahora ha cundido el pánico y ninguna mujer tiene el coraje de deambular por esos lados de la isla.

María Palito se acercó chancleteando. Se la veía excitada.

—¡Corra enseguida, Papa Chente! ¡Los hombres van con palos hacia la casa de Balbina!

—¿Quieren matar al duende? —dijo Ladera.

—Es a usted a quien buscaba. Su sobrino Chago Manuel...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Quiso hacerse el valiente. Lo traen todo molido. Mimila se retuerce poseída. Nadie puede con ella. Parece que los duendes quieren llevársela. Toda la gente corre hacia Barlovento. El Reverendo Medina tenía razón.

—Pero los vientos que soplan son más bien de locura —dijo don Plácido—. Vamos a ver qué pasa. Ven conmigo, Vicente.

—Primero eran los gringos quienes querían robarse la isla —dijo María Palito, poniéndose en camino con ellos—; ahora los que quieren llevársela son los diablos. Esto nos pasa por la falta de cura. Fue una vaina haber corrido a Medina. Que alguien llame a Betín. Hay que decirle que toque las campanas. Puede que los demonios se asusten.

Desde esa tarde parecía que, en efecto, los íncubos habían tomado posesión de la isla. Mimila, la nieta de Balbina, presa de convulsiones, contorsionábase de modo más violento que el de cualquier acróbata y echaba espuma por la boca. Se hacía difícil sostenerla aun entre varios hombres. pues manos invisibles tiraban de ella. Gente fornida como el mulato Ambrosio se veían obligados a declararse fuera de lid porque esas fuerzas ocultas los empujaban contra los muebles o los tiraban al suelo.

Betín, debidamente autorizado por las Damas Católicas, es decir, por Malala, tocó a rebato las campanas.

El pueblo estaba en ebullición.

María Adelaida aconsejaba que las mujeres se congregaran en el templo. Era preciso conjurar de inmediato a los demonios. **Ab ogni malo libera nos, Domine.**

Faustina, que conocía ritos haitianos, parecía confundida. Su negra piel había adquirido un raro tinte color Ceniza, pues no lograba hallar la clave de los fenómenos evidenciados en casa de Balbina.

—¿Qué es lo que viste, dinos? —inquiría Chon Candela.

—El acabóse, Chon. Lo inaudito. No he visto nada igual. Te aseguro que es el mundo al revés. ¡Increíble! Cuchillos y cucharas vuelan de un

lado a otro. Las sillas y objetos cambian de sitio. Las hamacas se mueven solas. Los árboles se remecen aun sin viento que lo haga. Recipientes llenos de líquidos se rompen. Las velas vuelan encendidas. Los trinchantes se clavan en los árboles. Barrabás y la burra se comportan como si vieran al demonio.

Chon Candela no logra comprender. Es un rompecabezas cuyos cabos ella no puede atar.

Y, dime, el duende ¿cómo dijiste que era?

—Ni siquiera lo he visto. Dicen que es un negrito de ojos garzos.

Chon Candela mira a Felipe inquisidora.

—Creo que hay gato encerrado.

IV

Las barbas de Ladera

Como Cris seguía grave sin poder orinar se estaba hinchando y los cólicos la tenían de vuelta y media. Aunque insistió en mudarse no fue posible trasladarla a su casa, sobre todo porque Chinino Olaya había tenido que irse de urgencia a la ciudad. Tendida en el camastro de la difunta Fina, no hacía más que quejarse de su suerte.

El Ñopo, en tragos, se mostró complacido de ser útil a Nino Olaya y a la cordial comadre Cristobalina. No olvidaba el gallego que en sus primeros viajes a la isla, siendo apenas un mozo de veinte años, le hizo una inmundicia felonía a Chinino Olayá. Novio de Cris y copiloto del Ñopo, Ceferino se embriagaba a menudo hasta perder toda noción de las cosas. Una noche, yendo de juerga en una lancha, mientras Mino roncaba a pierna suelta rendido por la juma, Juan Dávila no tuvo inconveniente en seducir a la pazguata y mofletuda Cris. Aun el Ñopo no pensaba casarse en ese tiempo, pero como era rubio las muchachas se desvivían por él. Cris no amaba a Chinino, amaba al Ñopo. Se dejó seducir, poseer y preñar con la esperanza de atrapar a Juan Dávila, pero el gallego dijo a otro perro con ese hueso y la casó con Chinino cuya hermana Delfina fue más tarde la esposa de Juan Dávila. Era ésa la razón por la que el Ñopo no sólo se mostraba cortés con Cris Olaya sino que estaba preocupado y bien en tragos por la madre y el hijo. Nadie ignoraba en la isla que Marino no era hijo de Chinino sino del Ñopo.

Doña Cris hacía esfuerzos por sofocar su angustia, pero a veces lanzaba unos aullidos que crispaban los nervios.

Chon Candela y Faustina ya habían probado mil menjurjes: lavativas de jabón de Castilla, bolsas de agua caliente, sobijos de manteca de iguana,

cataplasmas de mostaza y harina, parches porosos y tisanas de diferentes hierbas: paico hediondo, culantro, perejil, hierbabuena, verdolaga, llantén, albahaca y pare usted de contar.

La gravedad de la señora iba atrayendo a las vecinas y amigas que, al preguntar por la paciente y darse cuenta de que el caso era grave, sugerían nuevas pócimas. Para la erisipela ya habían recomendado cañafístula y sangre de conejo, pero Faustina tenía más fe en pasarle sobre la pierna hinchada un sapo vivo. Lo habían ido a buscar a la quebrada.

Llegaron las maestras Josefita del Vasto y Marucha Vela que venían muy alegres con Hipólito, pero apenas entraron en el patio pusieron faz de circunstancia y susurrando a sovoz se reunieron al grupo que formaban Petita Cárcamo, Matilde Vela, Micaela Camargo y Moniquita Ceballos.

La niñita que Serafín del Carmen le hizo a Petita según decían las malas lenguas gritó de pronto:

—¡Aquí hay dos sapos para la erisipela! ¡Nadan uno sobre otro!

Y un mocoso de esos que nunca faltan quiso explicar están cul...

—¡Cállate —le gritó el padre Brito santiguándolo con un tremendo tapaboca—. ¡Vete de aquí, zopenco puñetero!

La gritería del llanto distrajo e hizo huir por un lapso las ideas de la muerte.

En el traspatio se habían ido formando grupos afines. Comentaban la gravedad del trance. Se decía que ya Hipólito tenía el féretro listo. Únicamente le faltaba forrarlo con raso o con satén y ponerle las respectivas agarraderas niqueladas.

Él explicó. Era cierto. Más vale prevenir que lamentar.

Se oían frases ambiguas, disparates ficticios y ocurrencias macabras. En opinión de algunos, la enferma estaba abotagada.

Sus riñones no filtraban el agua.

—Parece transparente.

—Los líquidos no bajan a la vejiga.

—Deficiencia renal. Tal vez exceso de urea en la sangre. Podría degenerar en uremia.

—Para colmo de males se ventosea muy mal —dijo Faustina.

Mujeres enlutadas rezaban en la sala.

En el balcón los hombres bebían tragos charlando y devorando frituras. El Ñopo había dado órdenes para que en el velorio se utilizaran las viandas preparadas para el festín.

—No se hable de velorio —dijo el párroco—. Ya convencí a don Plácido. Vino conmigo. Tengamos fe en la Virgen y en el Señor de los Milagros.

—¿Ese señor de los milagros es Plácido? —preguntó Catarnica.

—Mejor, cállate, réprobo —dijo el cura.

Apenas examinó a la enferma, Ladera les dijo a las mujeres que rodeaban el lecho de la enferma:

—Hiervan bastantes barbas de maíz. Pregunten quiénes cosecharon este año. Hay que hacerla beber de esa tisana. Toda la que se pueda.

Al unísono se oyeron datos ciertos o inciertos sobre el posible hallazgo de mazorcas. Tal vez en casa de fulano de tal. También zutano, mengano y perencejo podían tener maíz.

Al poca rato, ya el mágico nepente estaba hervido, colado y listo.

La primera porción la bebió Cris como a eso de las cuatro de la tarde. Desde entonces le fueron dando vaso tras vaso que expresamente procuraban enfriar un poco para facilitar su ingestión.

Le ponían la paleta.

—¿Todavía nada?

—Nopis.

—Sírvanle más tisana.

De repente la enferma comenzó a ventosearse con traqueteo de cohetes en Domingo de Ramos.

La hedentina se regó por el cuarto.

—Delen nariz pa' que se acabe —decía Faustina.